

Ética y Educación Ambiental

Mucho de lo que es enseñado actualmente acerca del medio ambiente puede continuar siendo enseñado del mismo modo. Solamente se necesita organizado de tal manera que los estudiantes reconozcan que están aprendiendo no sólo hechos, sino también valores sociales. El resultado no serán nuevos valores, sino valores antiguos que pueden volver a ser expresados positivamente

Eugene Hargrove**

Debido a que la ética ambiental aún no forma parte de la educación primaria y secundaria, nuestros comentarios al respecto deben considerarse especulativos. Debemos ser cautelosos, y hacer notar que lo que puede funcionar en un determinado país puede no hacerlo, total o parcialmente, en otras regiones del mundo.

Si una ética ambiental aspira a ser efectiva en una sociedad específica, debe basarse firmemente en las actitudes culturales y valores que se han desarrollado históricamente en tal sociedad. Al adoptar perspectivas de otras partes del mundo, los educadores deben ser cuidadosos de no usar elementos que puedan entrar en conflicto con sus propias normas sociales. Por ejemplo, la idea de los parques nacionales tal y como se ha desarrollado en los Estados Unidos, es considerada imperialista y colonialista en los países asiáticos, en donde su aplicación conduce frecuentemente a conflictos y descontentos sociales en la medida en que la gente es desplazada de las tierras que ha habitado o usado a lo largo de los siglos. Existe, también, un abismo inmenso entre teoría y práctica. La literatura sobre ética ambiental tiende a tener una orientación teórica, y la

cuestión de su integración con aspectos prácticos aún no ha sido adecuadamente abordada, ni por los teóricos ni por los profesionales ambientalistas. El número de teorías disponibles ha aumentado significativamente en la última década y, como resultado, los ciudadanos involucrados en la problemática ambiental se ven abrumados en el curso de su búsqueda de guías éticas por una plétora de posiciones conflictivas entre sí que se presentan a su elección.

Finalmente, existen problemas especiales que son inherentes a la enseñanza de la ética a los niños. Estos problemas van desde preocupaciones de los padres respecto a lo inapropiado de lo que se enseña a sus hijos, hasta los límites que el desarrollo mental de los niños encuentra a través de las diversas edades. Como Aristóteles dijo hace cientos de años, no es posible enseñar ética a niños pequeños, y cuando son suficientemente maduros, a menudo es demasiado tarde. Debido a estas dificultades, en mi opinión es mejor no concentrarse en la conversión de las presentes teorías de ética ambiental en material curricular sino, más bien, focalizar nuestra atención en los valores ambientales generales que son ampliamente aceptados y consistentes con la historia de las ideas que realmente han formado las percepciones ambientales en cada región.

**Editado por Ambiente y Desarrollo a partir de la traducción de Jorge Maño Rodríguez (Departamento de Filosofía, Universidad de San Carlos de Guatemala), y Ricardo Rozzi (Department of Ecology and Evolutionary Biology University of Connecticut, e Instituto de Investigaciones Ecológicas Chiloé) durante una estadía en el Department of Philosophy and Religion Studies, University of North Texas. U.S.A.*

***Ph. D. Philosophy, University of Missouri. Editor y fundador de la Revista Environmental Ethics, Department of Philosophy and Religion Studies, University of North Texas. USA.*

Tal enfoque estaría basado en el desarrollo del carácter, considerado en término de valores y virtudes, antes que en la enseñanza de principios éticos específicos. Como tal, este enfoque no debería estar orientado a la formación de decisiones particulares sino más bien al desarrollo de un contexto general en el seno del cual se puedan tomar decisiones éticas.

Al momento de adoptar una decisión respecto a qué valores enseñar, yo recomiendo a los educadores trabajar desde la base de aquello que es necesario para facilitar la toma de decisiones por parte de ciudadanos y profesionales del ambiente, hasta aquello que es necesario para el proceso educativo requerido para tales decisiones. Obsérvense primero las leyes y políticas ambientales de la región, para luego determinar qué valores específicos podrían ser adecuados para la toma de decisiones ambientales. En los Estados Unidos, por ejemplo, los valores aparecen mencionados frecuentemente en los preámbulos de los textos que presentan las leyes ambientales: en el Acta de Especies en Peligro (*Endangered Species Act*) se mencionan «valores estéticos, ecológicos, educacionales, históricos, recreacionales, y científicos»; los «valores científicos, educacionales, escénicos, o históri-

cos» son referidos en el Acta de Vida Silvestre (*Wilderness Act*); y los «aspectos naturales, culturales y científicos de nuestra herencia nacional» son señalados en el Acta de Política Nacional del Ambiente (*National Environment Policy Act*). En todos estos casos el valor económico ha sido omitido intencionalmente, de forma que los valores promovidos inhibirían o restringirían la promoción del valor económico. En Canadá, por otra parte, el valor económico ha sido incluido en la lista de valores, pero como uno más entre otros. Por ejemplo, en el Acta Ambiental de Yukon se señala que ella está destinada a promover «una relación espiritual, estética, cultural y económica hacia el ambiente». Si los habitantes de Yukon logran encontrar un medio de promover estos cuatro valores en forma equitativa, entonces el valor económico estará restringido. Si no es posible esta promoción equitativa, el acta será llevada a cabo simplemente como una ley económica.

Valores sociales y ambientales

El desafío principal para los educadores ambientales consiste en preparar a los ciudadanos del futuro para manejar los diversos valores antes mencionados, de manera tal que éstos no se vean sobrepasados por los valores económicos. En la actualidad estos valores son tratados como valores «no económicos» que tienen como característica negativa el no ajustarse apropiadamente para un análisis de costo-beneficio. Como consecuencia, se hace un esfuerzo por convertirlos en valores económicos en términos tales como «costos de viaje» o «disposición a pagar» por estos valores, como una forma de expresarlos de un modo tal que se les puedan aplicar los cálculos económicos estándar. La aceptación de este tipo de conversiones se da debido a que los profesionales del área ambiental no han tenido la formación adecuada para pensar en términos de valores ambientales. De hecho, en la mayoría de los casos ellos han sido formados para tomar decisiones que sean «objetivas», esto es, supuestamente factuales, «libres de valor», enteramente independientes de un contexto filosófico. Esta pretensión de «objetividad» es usualmente alcanzada mediante el uso de estudios científicos o la cuantificación de las preferencias de los consumidores y la aplicación de análisis costo-beneficio.

Resumen

La aplicación de la ética ambiental es inhibida por la influencia de tres posiciones filosóficas anteriores: utilitarismo, pragmatismo, y positivismo lógico. Estas constituyen la base del pensamiento económico «moderno». Este tipo de pensamiento, que es considerado objetivo y libre de valores, involucra característicamente la conversión de ciertos valores sociales tradicionales (estéticos, culturales, científicos, espirituales, otros) en términos económicos. Esta conversión dificulta los propósitos de la mayoría de las leyes ambientales concebidas para promover conjuntos de valores sociales. Con el fin de preparar a los niños para ser ciudadanos y no meramente consumidores, los educadores necesitan enseñarles explícitamente los valores tradicionales de su sociedad y cómo éstos se relacionan con el medio ambiente. Aunque la literatura de ética ambiental puede ser útil internacionalmente para propósitos comparativos, ésta debe ser presentada con cuidado, dado que los valores ambientales de un país pueden ser socialmente destructivos en otro.

Abstract

The application of environmental ethics is inhibited by the influence of three anterior philosophical positions: utilitarianism, pragmatism, and logical positivism. These constitute the basis for modern economic thought. This type of thinking, which is considered to be objective and value-free, characteristically involves the conversion of certain traditional social values (aesthetic, cultural, scientific, spiritual, etc.) in economic terms. This conversion makes it difficult to achieve the aims of most environmental laws, conceived as promoting social values. With the objective of preparing children to be citizens, and not merely consumers, educators need to explicitly teach traditional societal values and how these are related to the environment. Although the environmental ethics literature may be internationally useful for comparative purposes, this should be taken with caution, given that environmental values of one country may be destructive in others.



El desafío principal para los educadores ambientales consiste en preparar a los ciudadanos del futuro para manejar los diversos valores sociales y ambientales, de manera tal que éstos no se vean sobrepasados por los valores económicos.

Sin embargo, la creencia de que tales tomas de decisiones puedan ser totalmente objetivas en el sentido antes aludido es de origen muy reciente. Esta creencia se ha derivado de tres posiciones filosóficas relativamente nuevas: el utilitarismo de mediados del siglo pasado, el pragmatismo en el período de cambio de siglo, y el positivismo lógico en los años inmediatamente anteriores y posteriores a la segunda guerra mundial. Del utilitarismo se deriva la identificación de lo bueno con aquello que produce placer, del pragmatismo proviene la idea de que todo valor es instrumental (basado en el uso, y más específicamente en el uso humano), y del positivismo lógico viene la idea de que los enunciados éticos son expresiones personales de emoción, y por ende irracionales, subjetivos y arbitrarios. Combinadas en la economía moderna,

estas tres ideas convierten la toma de decisiones en una mera satisfacción racional, pero egoísta (autointeresada), y de preferencias (deseos) personales en un mundo de escasez moderada.

Aunque las presuposiciones de la economía moderna habrían sido repulsivas para las personas cultas del siglo pasado, hoy en día son tan fundamentales para el común de la gente, que los niños las adoptan sin necesidad de instrucción formal, a muy temprana edad, usualmente antes de entrar a la escuela.

El pensamiento económico es tan dominante en nuestro tiempo, que no nos parece posible liberarnos de él. Sin embargo, debería ser posible situar tal modo de pensar en un contexto más amplio, donde en un futuro provoque menos daño que el que está haciendo hoy. Para oponerse a la perspectiva utilitarista, los maestros podrían enfatizar, siguiendo a Aristóteles, que lo bueno no es realmente la misma cosa que el placer, dado que la gente frecuentemente toma el placer de cosas malas. Si lo bueno fuera realmente definido como el placer, ningún estándar ético sería posible. Para contrarrestar el pragmatismo del pensamiento económico, los maestros deberían enfatizar el hecho de que nosotros solemos valorar las cosas en sí mismas, no simplemente por el uso que podamos encontrarles. Para oponerse al emotivismo del positivismo lógico, los maestros deberían sostener que los va-



lores no son creados individualmente y en el aislamiento, sino más bien son ideales sociales que han evolucionado a lo largo de los siglos y que son sostenidos por los miembros de la sociedad sin necesidad de un entrenamiento muy formal. Mientras que puede haber considerable desacuerdo acerca de cómo aplicar estos valores en casos concretos, casi no hay desacuerdo acerca de cuáles son los valores básicos de una sociedad particular. Por ejemplo, en el transcurso de una audiencia política en los Estados Unidos acerca del establecimiento de un área silvestre protegida, podría haber considerable desacuerdo sobre si un lugar específico posee valor silvestre, o debería ser protegido por su valor silvestre, pero probablemente no encontraríamos desacuerdo acerca del significado del valor de lo silvestre o respecto al contexto en el que la decisión política debiera ser tomada. Para ofrecer un ejemplo contrastante, en una audiencia similar en la India, la mayoría de la gente no entendería ni reconocería la legitimidad del valor de lo silvestre. Ellos protestarían, con toda probabilidad, contra cualquier aplicación de este valor sobre la base de que tales valores son invenciones coloniales e imperialistas que son incompatibles con las normas sociales de su país.

Fortalecimiento de valores ya existentes

La educación ambiental no debería ser una imposición de nuevos valores, sino un fortalecimiento de valores existentes. En la mayoría de los países occidentales, por ejemplo, existe una tradición naturalista que data de tres siglos y que se manifiesta en la pintura paisajista, en poesía de la naturaleza, en la jardinería y diseño del paisaje, y en la práctica científica de la historia natural. Esta tradición es tan fuerte que los turistas gastan casi todo su tiempo tomando fotografías concebidas cuidadosamente sobre la base de las pinturas paisajistas del siglo diecinueve. Debido a esta tradición, la mayoría de los occidentales están más que dispuestos, con razón, a proteger la belleza natural.

Sin embargo, debido a sus experiencias educacionales, los occidentales suelen considerar el sentido de la belleza como una expresión de emoción irracional, subjetiva y arbitraria, más bien que un ideal social evolucionado. En consecuencia, en lugar de argumentos estéticos basados en la idea de valor intrínseco, los occidentales se basan usualmente en argumentos instrumentales, como que podríamos hallar curas naturales para el cáncer todavía desconocidas; o creencias místicas, como la existencia de una relación mística entre los humanos y la naturaleza; o analogías políticas, como la afirmación de que la naturaleza debe tener derechos.

Las personas preocupadas por el medio ambiente han sido restringidas a usar tales argumentos debido a que han sido condicionadas a pensar en términos económicos de alcance limitado, esto es, de una manera contraintuitiva. A través de esta instrucción limitada, ellas han sido literalmente despojadas de las palabras necesarias para expresar su genuino pensamiento. En la novela «1984» de George Orwell, un gobierno totalitario desarrolla un nuevo lenguaje («newspeak»), en el cual el vocabulario moral es eventualmente reducido a dos palabras —*bueno y no bueno*— evitando que los ciudadanos del país puedan pensar en términos morales. La enseñanza de la economía moderna, que reduce la terminología del valor a *valor económico y no-económico*, traduciendo los valores no-económicos en económicos en vez de tratar con ellos, está produciendo un efecto análogo en el pensamiento ambientalista. Para poner un ejemplo, en una reciente propuesta para un

plan de manejo de lobos en Yukon, Canadá, el valor intrínseco de los lobos fue tratado en una sección titulada «El uso de no consumo (non-consumptive use) de los lobos». Pero este «uso de no consumo» no es sólo un uso no económico, sino que también es estrictamente un «no-uso»; a menos que también queramos decir que nosotros vamos a los museos a «usar» los objetos de arte y a los conciertos a «usar» la música. Cuando nos referimos rutinariamente a nuestros valores sociales básicos en términos de nebulosas negaciones de otro valor, los primeros están siendo reducidos eventualmente al inarticulado emotivismo del positivismo lógico.

Consumidores y ciudadanos

Una vuelta a un sistema equilibrado de valores tradicionales no significa el fin de la economía o del pensamiento económico. Estos pueden todavía jugar un rol importante en el contexto contemporáneo del análisis costo-beneficio, ayudándonos a no despilfarrar nuestro dinero. Sin embargo, la base de una decisión no tiene por qué ser necesariamente eficiente en términos económicos —esto es, más cosas por menos dinero— sino que más bien debe apuntar a lo que una sociedad dada estima como lo mejor para ella misma. Esto último implicaría un desplazamiento de los objetivos de desarrollo desde la economía a la política.

De acuerdo a Aristóteles, la ética y la política son la misma cosa vista desde perspectivas diferentes: la primera desde la perspectiva del individuo, la segunda desde la perspectiva del grupo. Aldo Leopold tenía en mente este tipo de relación cuando escribió su famoso ensayo *La Ética de la Tierra*. Leopold concluyó que la acción política frecuentemente no era efectiva porque los ciudadanos ordinarios no poseían todavía la orientación valorativa necesaria para fundamentar su acción. Es por esta razón que Leopold habla de «amor, respeto y admiración por la tierra, y alta consideración por su valor» y propone a la belleza, integridad y estabilidad como conceptos claves en los valores éticos y estéticos.

Por otra parte, en su libro *The Economy of the Earth*, Mark Sagoff enfatiza que hoy día toda persona es a la vez un consumidor y un ciudadano, que tiene preferencias en tanto ciudadano y en tanto consumidor. Las preferencias del con-

sumidor se relacionan con la manera en que deseamos gastar nuestro dinero. Las preferencias del ciudadano se relacionan colectivamente con el tipo de sociedad en que queremos vivir. Aunque los economistas habitualmente resumen nuestras preferencias como consumidores y las presentan como preferencias ciudadanas, tales preferencias no son del mismo tipo. Es perfectamente posible que como ciudadanos nosotros votemos en contra de algo que ansiamos como consumidores. Por ejemplo, podríamos prohibir los envoltorios de comidas rápidas (fast food), aun cuando gustemos de esta conveniencia, con el objetivo de contribuir a solucionar problemas de basura desechable sólida.

Si la población mundial va a responder efectivamente a nuestros problemas ambientales, lo debe hacer no simplemente como consumidores sino también como ciudadanos informados sobre el ambiente. Tales ciudadanos, sin embargo, no existirán si no les son enseñados los valores necesarios para ser tanto ciudadanos como consumidores. Tal educación no necesita ser controversial. Mucho de lo que es enseñado actualmente acerca del medio ambiente puede continuar siendo enseñado en el mismo modo que hoy día. Solamente se necesita organizarlo de tal manera que los estudiantes reconozcan que están aprendiendo no sólo hechos, sino también valores sociales. El resultado no serán nuevos valores, sino valores antiguos que pueden volver a ser expresados positivamente. Sólo cuando esta tarea esté finalizada, cuando el lenguaje sea de nuevo adecuado para expresar nuestras preocupaciones ambientales en su totalidad, tanto con respecto a asuntos factuales como evaluativos, será posible en el largo plazo convertir las teorías éticas ambientales en prácticas de vida. **AD**

Contacto con el autor: Department of Philosophy and Religion Studies, University of North Texas P.O. Box 310920, Denton, Texas 76203-0920. Teléfono : 940-565-2266. Fax : 940-565-4448. Email: hargrove@unt.edu

Referencia bibliográficas

- Leopold, Aldo** (1949) *A Sand County Almanac, and Sketches Here and There*. New York: Oxford University Press.
- Orwell, George** (1949) 1984. New York: Harcourt, Brace & World.
- Sagoff, Mark** (1988) *The Economy of the Earth: Philosophy, Law, and the Environment*. New York: University Press.

Comentario

Preparar a los niños para ser ciudadanos, no meramente consumidores:
El aporte de la ética ambiental de Hargrove a la educación ambiental en Chile

Ricardo Rozzi*

La ética ambiental es una disciplina filosófica reciente que estudia y propone formas de relación entre la sociedad humana y el mundo natural. Esta rama de la filosofía provee un fundamento conceptual para la educación ambiental, a la vez que requiere de esta última para cultivar y poner en práctica nuevos modos de habitar y relacionarse con la naturaleza. Para que la educación sea ambientalmente apropiada, el filósofo Eugene Hargrove considera en su artículo, *Ética y educación ambiental*, imprescindible desprenderse de la dominancia del espíritu economicista prevalente en nuestros días, y es tajante en su máxima: "preparar a los niños para ser ciudadanos, no meramente consumidores."

En este sentido nos recuerda al padre de la ética ambiental contemporánea, Aldo Leopold, quien señalaba que la clave para dar curso a una ética ambiental es simple: "sólo debemos dejar de pensar en nuestra relación con la tierra como un problema puramente económico". El pensamiento económico es tan dominante en nuestro tiempo que nos parece imposible liberarnos de él, sin embargo, su omnipresencia se desvanece en una mirada histórica. Su prevaencia es reciente y Hargrove identifica tres fuentes filosóficas que le han dado origen: el positivismo, el pragmatismo y el utilitarismo.

El *positivismo* ha promovido la noción de una ciencia libre de valores, con la consiguiente interpretación de explicaciones y decisiones como "objetivas". Nuestra enseñanza de las ciencias naturales en las escuelas y universidades chilenas sigue en gran medida un modelo positivista. Los programas se centran en la observación del mundo natural bajo un protocolo empiricista, al margen de su contexto histórico y social. Por otro lado, el positivismo lógico ha promovido la idea de que los enunciados éticos son expresiones personales, irracionales y subjetivas. Para oponerse a esta noción, Hargrove insta a los educadores a enseñar que los valores no son creados individualmente y en aislamiento, sino en contextos sociales, culturales e históricos que deben ser observados. Del *pragmatismo* proviene la filosofía de conservación de Gifford Pinchot basada en el valor instrumental de la naturaleza. Bajo esta tradición, incluso el valor estético de los objetos naturales es antropocéntrico, reduciéndose al placer provocado en los seres humanos. A la idea de que todo valor es instrumental basado en el uso, Hargrove opone la noción de valor intrínseco. Del *utilitarismo* deviene la identificación de la felicidad, de lo bueno con el placer, que Hargrove contrasta con la ética de Aristóteles, quien critica esta identificación señalando que el placer no conlleva necesariamente un bien.

El cálculo dirigido hacia la maximización del placer ha sido rechazado por Hargrove como fundamento para una ética ambiental.

La economía contemporánea es interpretada por Hargrove como una extensión, una hija del utilitarismo, pero que ha ido más allá de su progenitor promoviendo el egoísmo, no sólo como una aproximación objetivamente válida para la ética, sino como única aproximación racional a la acción y conducta humana en general. La proposición de Hargrove tiene el mérito de relativizar el paradigma economicista, en tiempos que en nuestro país, como en el conjunto de los países latinoamericanos, la enseñanza escolar y la relación de la sociedad con el medio ambiente está basada en un paradigma científico, tecnológico y social que sirve a un modelo económico neoliberal. Hargrove indaga otros modos de valorar y relacionarnos con la naturaleza en nuestra tradición occidental. Desafía así a nuestra moderna razón instrumental que ha reducido a las relaciones entre los seres naturales, incluidos los humanos, al uso. Cuestiona al hombre moderno que valora a la naturaleza en función de la utilidad que ella le presta, de los recursos que descubre en ella. Al situar en una perspectiva histórica el modelo economicista, éste aparece como un momento cultural más, y aún relativamente reciente. Hargrove nos invita así a indagar en nuestras tradiciones históricas en la búsqueda de valores y actitudes de respeto por el mundo natural. Esta invitación podría expandirse ampliamente en Chile y los demás países latinoamericanos habitados por una rica diversidad cultural de tradiciones que cultivan, o han cultivado, múltiples formas de representación y relación con el mundo natural, que sería inadmisibles reducir bajo la hegemonía económica.

Este es un estímulo para indagar en nuestra propia historia, y desde ahí concebir y recrear modos de habitar y relacionarnos con nuestro ambiente natural. Se flexibilizan así las estructuras de nuestros modelos sociales y sus agendas de educación. El artículo de Hargrove promueve espacios de reflexión, invitando a un diálogo entre los alumnos y los profesores, entre los hombres y la naturaleza. Un diálogo con las múltiples manifestaciones de la vida, miradas y amadas ahora desde múltiples perspectivas culturales. Una vez que nos sacamos las gafas del *Homo económico*, con su ciencia y tecnología orientadas al control de la naturaleza, a su uso, dejamos atrás la noción de recursos y podemos acceder a un diálogo con la multiplicidad de seres vivos y de seres humanos. **AD**

Instituto de Investigaciones Ecológicas Chiloé. Dirección actual: Department of Ecology & Evolutionary Biology, University of Connecticut. USA.